

TEXTOS RECOBRADOS

EL VIAJERO DE DIJON¹

Rafael Rojas

El Colegio de México

En el siglo XIX la literatura de viajes experimentó un desarrollo singular. A medio camino entre el tratado político y las memorias personales, el género fue cultivado por escritores y diplomáticos, utopistas y filibusteros. México fue escenario de algunos ejercicios de escritura emblemáticos de aquella tradición como los de Madame Calderón de la Barca, Paulina Kolonitz, Joel R. Poinsett o Henry George Ward.

A esa tradición pertenece *Le Mexique* (1857) de Mathieu Henri de Fossey, que ha traducido la historiadora Solange Alberro. Estudiosa de la sociedad novohispana, Alberro encuentra en la obra de De Fossey una mirada desde abajo, de un noble francés venido a menos, que recorre el México decimonónico y lo narra desde códigos ajenos a los del erudito o el científico, el diplomático o el empresario. La crítica del viajero a *La vida en México* (1843) de Madame Calderón de la Barca, como suma de “futilidades”, describe muy bien la naturaleza de aquella mirada.

¹ SOLANGE ALBERRO (traducción e introducción), *Mathieu Henri de Fossey, México*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2022, 484 pp. ISBN 978-607-564-428-8

De Fossey llegó a México atraído por el proyecto de construcción de un canal en el istmo de Tehuantepec, promovido por el diputado liberal francés Gabriel-Jacques Laisné de Villéveque. El proyecto, que canalizaría los ríos que se extienden entre Coatzacoalcos y Tehuantepec, fue un fracaso, pero dejó a su paso una colonia de inmigrantes franceses en la zona veracruzana, en los años posteriores a la revolución de 1830 y el establecimiento de la monarquía de Julio de Luis Felipe de Orleans, que coincidieron en México con el llamado “gabinete de los hombres de bien”, derivado de la revuelta de Jalapa, encabezado por Anastasio Bustamante y Lucas Alamán.

Las descripciones de la flora y la fauna veracruzana, en el libro del viajero de Dijon, son deslumbrantes. También se detiene en la composición étnica de los habitantes de la región, donde encuentra “indios de raza pura”, pero también “mestizos, negros y zambos”. Junto al cuadro paradisiaco del paisaje, De Fossey proponía un retrato moral de las comunidades, que rearticulaba los tópicos del racismo occidental. Los indios, en sus palabras, eran de “carácter dulce y costumbres sencillas”, mientras que los descendientes de la “mezcla de razas india y africanas” eran “astutos, llenos de vicios” y “devorados por la pasión del juego”.

De Fossey intentaba refutar pasajes de la tradición ilustrada y romántica europea sobre América (Humboldt, Chateaubriand, Madame Calderón de la Barca) pero recaía en los mismos al suscribir la degradación de las especies en el clima tropical o el carácter de los “indios salvajes o campesinos” que serían “igualmente ajenos a los sentimientos tiernos con los que ennoblecemos los placeres del amor”. Sin embargo, más que en otros viajeros europeos, había un acento utópico o de “robinsonada filosófica”, como le decía Marx, en su narración.

Esto último se plasma especialmente en su descripción de las colonias francesas que intentaban instalarse en diversas ciudades, como Coatzacoalcos, Minatitlán, Tehuacán y Tehuantepec. Un personaje, el ermitaño Charles, que vivía aislado en una

choza a orillas del río Sarabia, en el centro del istmo, rodeado de caimanes y jaguares, era descrito como un “nuevo Robinson, con la barba hasta el pecho”, que se alimentaba de chayotes, nopales, pecarís y corzos, y se vestía con pieles de cocodrilos y tigres.

El viajero francés incluía en su bitácora fragmentos de una historia de México, especialmente detenida en la conquista española, la guerra de independencia, la secesión y anexión de Texas y el conflicto con Estados Unidos entre 1846 y 1848. Aunque no hay rastros de bonapartismo enfático en De Fossey, su visión de esos momentos del pasado mexicano era típicamente heroica o romántica, enfocada en las proezas de sus líderes: Hernán Cortés, Agustín de Iturbide y Antonio López de Santa Anna. Si la imagen de los primeros era entusiasta o idílica, la del tercero se veía marcada por el claroscuro.

No había en aquel relato una discusión sistemática sobre los dilemas de la construcción del estado nacional en México, a partir de la caída del imperio de Iturbide, ni una distinción precisa entre los gobiernos de Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero, Lucas Alamán y Valentín Gómez Farías, Anastasio Bustamante y Santa Anna. Aún así, en una de las notas finales, afirmaba que el centralismo de 1836 “convenía más a la República Mexicana” que el federalismo de 1824, porque “reunía los poderes en un solo conjunto, aumentaba la acción gubernamental, concentraba las rentas del Estado en una sola mano, la que distribuía después según las necesidades de los departamentos y lograba con esto grandes ahorros en la administración”.

Un hilo conductor quebradizo del libro de De Fossey, que retomaba de tanto en tanto, era el de la colonización francesa de diversas regiones del territorio mexicano. Había en aquellos proyectos una mezcla de interés económico, utopismo social, experimentación antropológica y voluntad geopolítica, que los hacía especialmente atractivos para la juventud europea. A pesar de describir al detalle el fracaso del proyecto de Coatzacoalcos, el viajero de Dijon estaba convencido de que la colonización de

franceses católicos habría evitado la pérdida de Texas, primero, y luego de Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, Colorado y California.

Era inevitable que en *Le Mexique*, libro que aparecía en plena Guerra de Reforma, su autor se detuviese en la aventura del filibustero francés Gaston de Raousset-Boulbon. La valoración del intento de tomar el puerto de Guaymas e independizar Sonora, en 1852 y 1854, no era condescendiente: la llama “empresa descabellada”. Sin embargo, el viajero ponderaba el compromiso de su compatriota con los proyectos de colonización y el desarrollo de la minería en Sonora y California y la honorabilidad y valentía con que enfrentó el pelotón de fusilamiento, en Guaymas, comandado por el general José María Yáñez.

La bitácora de la estancia de Mathieu Henri de Fossey en México, rescatada por Solange Alberro y el Centro de Estudios Históricos, ofrece un cuadro lleno de testimonios y matices sobre la historia de la nación independiente. El espíritu de república nueva, signado por los experimentos constitucionales y políticos de la primera mitad del siglo XIX, recorre las impresiones del viajero francés. El propio cronista se ve arrastrado por aquella novedad republicana, abandonando su papel de observador e involucrando sus juicios y preferencias en la edificación del México moderno.